

M
O
V
I
M
I
E
N
T
O

P
R
O

C
E
L
I
B
A
T
O

O
P
C
I
O
N
A
L

MO
CE
OP



TIEMPO de HABBLAR



NUESTROS OBJETIVOS:

- Sacar a flote el tema de la secularización de los curas, y sus consecuencias, para ellos y para todo el Pueblo de Dios.
Es toda una manera de entender y vivir la Iglesia y las relaciones entre creyentes lo que nos jugamos.
- Animar a hacer algo eficaz de cara a este asunto.
No basta con lamentarnos o esperar soluciones oficiales... Las soluciones, al menos en parte, vienen de abajo.
- Poner en relación unos grupos con otros. Y a personas aisladas con grupos que ya van caminando.
Facilitar un cauce de expresión y coordinación, ya que en todas las Diócesis hay curas y comunidades que viven esta problemática.
- Dar contenidos. El fenómeno de las secularizaciones *no* se puede simplificar:

ESTA EN JUEGO —también en este tema— LA OPCION CONCRETA Y PRACTICA, RADICAL, POR UNA IGLESIA COMO PUEBLO DE DIOS, COMUNIDAD FRATERNA, Y NO COMO CALCO DE LA SOCIEDAD CIVIL.

REDACCION DE ESTE NUMERO:

Sería interminable nombrar a todos los que han colaborado en la redacción de este número. *Preferimos en esta ocasión citar «grupos» o personas.* Pero como nunca hemos querido dar impresión de anonimato, tal vez ya en el próximo número aparezca un *equipo de redacción.*

En la confección de éste han colaborado:

Grupos de Albacete	Lugo
Alicante	Madrid
Asturias	Málaga
Córdoba	y
Granada	Murcia

Depósito legal: M-32.563 - 1979.

RAMOS, ARTES GRÁFICAS - María Isabel, 12. Madrid-11.

MAS ALLA DE LA REIVINDICACION...

Habernos lanzado a la calle con el lema «PRO CELIBATO OPCIONAL» comporta **grandes dosis de «reivindicación»**. No lo negamos. Es más: somos conscientes de que en nuestra Iglesia —también— hay mucho terreno por conquistar en favor de los «derechos humanos». Es excesivo, y pensamos que injusto e infructuoso, el «sufrimiento» de tanto cura —y de sus compañeras— lanzado a la mutilación afectiva o mental. Son sangrantes las injusticias que todo esto origina: discriminación, degradación, expulsión, «reducción»..., e insultantes para el Evangelio las secuelas de marginación apoyadas y justificadas por una ley como la del celibato.

Pero somos conscientes de que embarcarnos en todo un **movimiento eclesial** por la supresión de esa ley **ha de ir mucho más al fondo**. Reivindicar —sin más— un derecho humano puede solucionar muchos problemas humanos angustiosos. **Pero podría ser una expresión más de CLERICALISMO**. Y es aquí donde queremos ser reiterativos: **la ley del celibato y sus secuelas no es una cuestión de curas**. NOS AFECTA A TODOS. Y llegar a esta convicción es un paso decisivo para desterrar de nuestras relaciones el clericalismo.

CLERICALISMO es poseer, vivir o padecer una panorámica de la Iglesia como algo parcelado, estamentalizado, seccionado en «cotos»; una visión que potencia la separación, la atomización de los problemas. Y aceptar que uno de esos estamentos —los clérigos— se sientan garantes de casi todo: son los que saben y deciden, los técnicos, los «ceranos a Dios».

Como todos los liderazgos abusivos, también éste se padece al mismo tiempo que se potencia; nos lo imponen, pero le damos fuerza en la medida en que no hacemos por enterrarlo.

La primera «consecuencia» de esta forma de destrozar al Pueblo de Dios, es el **surgimiento de unos «personajes maniqueamente divididos»**: hace falta anular parcelas de la vida de los curas —trabajo, política, afectividad— para que ese poder monopolizador quede aureolado con un carácter sagrado. Son muchas las dictaduras camufladas a lo largo de la historia con un «por la gracia de Dios»... Si hacemos recaer sobre unos hombres la responsabilidad, decisiones y derechos que son de todos, ne-

cesitamos que sean diferentes, para no sentir mala conciencia. Y los convertimos en personajes.

La segunda consecuencia es la otra cara de la moneda: **el pueblo llano padece una crónica minoría de edad**, con todas las secuelas de lo injustamente impuesto... Son otros los seres especiales capacitados para hablar y opinar de Dios. El laico normal queda reducido a ser un ejecutor sumiso... a no ser que prefiera dejar de ser «normal» y así acceder al poder sacral.

Lógica y consecuentemente, en tercer lugar, **la vida de la Iglesia queda marcada por los esquemas mentales** de personas que han aceptado la carga de ser «casta», de **no ser normales**. La moral, la teología, la política, etc., llevan la impronta de personas que «no viven» sino que «piensan la vida» normal desde parcelas incontaminadas.

Malparada queda con toda esta situación la figura de un **Jesús que quiso ser «laico»**, que no perteneció al grupo sacerdotal, para así romper con una religión de separados.

En no mejores condiciones queda el **Dios bíblico que contagia secularidad**: que invita a la trascendencia, pero desde la vida; que se mete en la historia —se encarna— para romper todas las servidumbres del hombre. Dios deja de ser el Todopresente, adorable «en espíritu y en verdad», para ser de nuevo confinado en Garizim o en Jerusalén, perfectamente custodiado por sus «expertos».

Cuando **reivindicamos la supresión de una ley que estimamos injusta**, hay que hacerlo —pensamos— **atacando sus raíces**: tratando de **desmontar todo clericalismo**. Si no, nos quedamos en lo anecdótico, aunque aquí lo anecdótico amargue la vida de tantas personas. Y ese ataque frontal y decidido debe surgirnos **desde y porque somos gente de Iglesia**.

No se trata, por tanto, de reivindicar un derecho para un estamento ya de por sí privilegiado. Sino de luchar por un **NUEVO ROSTRO DE IGLESIA** —objetivo central del Concilio Vaticano II—. Queremos rescatar una fe y una comunidad de creyentes de una de sus grandes mordazas: el clericalismo.

Así lo entienden tantos creyentes como los que en este número se expresan: laicos «normales», gente de «a pie». Su aporte crítico ante toda imposición u opresión ha sido decisivo para la «laicización» de tanto cura que hoy se encuentra —gracias al Dios de la vida y de la historia— con una identidad menos definida, pero con una fe más normal en la vida y en los hombres, lugar del encuentro con el Señor.

MO-CE-OP

LOS GRUPOS HABLAN

DESACRALIZAR UN TEMA...

Hemos querido que el bloque central de este número sean las *voces de algunos seglares*. Con frecuencia se utilizan sus opiniones —“presumidas”, que no escuchadas— para que los clérigos de turno apoyen lo que les interesa defender.

Hoy son dos GRUPOS los que hablan: uno de Córdoba y otro de Madrid. Tal vez más adelante nos lleguen las voces de otros puntos geográficos. Ellos opinan sobre la problemática existente tras la crisis sacerdotal. La desmenujan.

No son las únicas voces posibles del mundo seglar. Pero ahí están, a tener muy en cuenta. Y pesan por su fino análisis y por el realismo que encierran.

SE TRATA DE UN PROBLEMA DE IGLESIA...

CRISIS DEL SACERDOTE: PANORAMICA Y RAZONES

—¿Se trata de una “crisis”, o más bien de la puesta sobre el tapete, con verdad, de una situación que existía y se tapaba?

—Sí; pero la realidad es que la crisis está ahí.

—Crisis hay porque no vienen nuevos y se siguen marchando los que estaban.

—Las crisis pasan: pero *ésta no parece tan pasajera*. Por eso habría que analizar si no se trata de algo más profundo.

—*Se trata de un problema de Iglesia*, antes sin afrontar. La crisis es anterior. Existía hace quince o veinte años: posiblemente más que ahora.

—La crisis del pastor o del cura, desde mi punto de vista, es de vocación: porque *se hacían sacerdotes como un medio de vida*, como un medio de salir de sus pueblos. A partir del Vaticano II se ha reconsiderado más el sacerdocio como vocación de servicio dentro del Pueblo de Dios... Y esto nos hace ver que la crisis es anterior.

—Hay otra razón: *antes, ser sacerdote era más fácil*: todo se limitaba a prestar una

serie de servicios religiosos... Ahora hay que llevar y vivir la problemática del barrio o del pueblo. Y esto es más comprometido, más difícil.

—Estaban *subidos en un pedestal* y no habían vivido con los seglares. El mundo de los demás era algo ajeno; ahora, al convivir con los seglares, se meten en unas complicaciones terribles.

—Yo también iba por ahí. El cura *era como el protagonista* de toda la comunidad y ahora *está pasando a ser uno más*. Esto implica mucho más de entrega y compromiso. Y no resulta fácil de conseguir para alguien educado para protagonista.

—Sí, pero aparte de todo eso, es que *no le dejan vivir su vida*, su vida como persona. Puede ser que esté preparado para irse integrando de verdad en la comunidad, pero su vida personal está empobrecida. De ahí lo acentuado de su crisis: afecta a su ministerio, a la forma de desarrollarlo; pero también a su vivir como persona.

— Habría que preguntar *si la crisis es universal o sólo afecta a algunos sectores que entienden el Evangelio más cercano con el pueblo*; en este segundo caso, si el resto tiene crisis por miedo a esa evolución, por comodidad...

—La crisis, desde luego, no existe en las grandes parroquias. Ese señor ya está situado, ya ha hecho su carrera para vivir bien, da la comunión, administra los sacramentos: *ése no tiene crisis*. Ahora, el cura que se preocupa por los demás, y está metido en problemas, *ése sí que se encuentra con la crisis*.

—Es que *éstos ponen en tela de juicio el concepto de cura que se ha tenido*. Y frente a ese concepto, se rebelan. Antes no se habían planteado si, como curas, tenían que hacer otra cosa de la que hacían; así no tenían crisis. Esta surge cuando se plantean unas realidades nuevas.

— Toda esta crisis viene al *despertar el pueblo a la luz del Evangelio*: el pueblo se da cuenta de que el Evangelio no va por donde le estaban diciendo.

—Hay, por tanto, una crisis que afecta a todo cristiano.

—Si en lo del celibato, en concreto, han dado pasos adelante, es porque se sienten respaldados en cierta manera. *Hay curas que se plantean otra forma de vivir porque el pueblo podría llegar a aceptar otras formas de vivir el sacerdote*.

FORMACION. Su influencia.

—No hay duda de que la formación ha sido uniforme: *ni libre ni liberadora*. Y, desde luego, *marginada* de las comunidades.

—Esto nos da pie para pensar que la crisis *no está en el número, sino en el estilo*.

—Claro, es que vivimos *crisis de Iglesia*. Cada imagen de Iglesia pide un estilo de cura y una formación adecuada a ese estilo.

—Para mí todo este replanteamiento es motivo de esperanza y de confianza. Todo esto que está surgiendo sale del pueblo. Y también de algunos pastores. La crisis se manifiesta sobre todo en los que se quedan parados: *se les dio una formación y se han quedado ahí*.

—La crisis del concepto de Iglesia está fomentada por la misma jerarquía... No apoya un estilo distinto, sino el tradicional: el estilo adormecido de una Iglesia parada.

—No nos debe extrañar. La Iglesia como pueblo ha estado siempre por delante. Los sacerdotes que de verdad han estado con el pueblo no siempre han estado apoyados por la jerarquía.

—Contestadme a esta pregunta *¿por qué hay tan poca crisis de obispos y tanta de curas?*

FORMAS DE VIDA EN LAS COMUNIDADES

—Nos hemos quejado del nacionalcatolicismo. Para mí ahora, donde hay pequeñas comunidades está la primitiva Iglesia. Es todo un proceso. Las iglesias llenas de gente eran puros ritos, y si me apuráis, con algo de brujería. En cambio, cuando nos trasladamos a pequeñas comunidades, la gente se compromete y se moja.

—Hay comunidades que empezaron sin un presbítero al frente... Pero el cambio tan brusco que experimentamos en España y la poca voz que se ha dado a la gente, hace que *se necesiten líderes que abran caminos*.

—El ritmo es lento. Hemos pasado de una iglesia-religión a una concepción religiosa del Evangelio y del cristianismo. *Ahora es la vida la que hay que imponer*; y ahí está la tensión. Pedir a toda esa gente que se sabía el camino, que cambie... Yo oí decir a un sacerdote hace años: *tenemos que posibilitar a la Iglesia que sea libre*.

—*La Iglesia ha hecho sufrir mucho a la gente: se le ha tenido reprimida. Reprimida y alienada y además con premeditación. Yo estoy de acuerdo con respetar los modos de la señora de sesenta años o de la persona que no ve más. Pero hay que ir dando pasos, no pasitos, pasos de gigante, aunque le duela a alguien. Porque seguimos dando sacramentos a personas a quienes importa un comino los sacramentos, la Iglesia, el Evangelio, la comunidad... y, sin embargo, se los estamos negando a pastores, hermanos nuestros, que quieren seguir siendo miembros de una comunidad, y que se tienen que ir porque no se acepta que vivan con su mujer. Me parece que hay que ser drásticos para dar pasos ya.*

CUALIDADES QUE EXIGIMOS AL SACERDOTE

—No me gusta decir que debe ser "líder": mejor, *animador*, pastor.

—Recuerdo que antes del Vaticano II, en un Cursillo por un Mundo Mejor, decían: *llegará un día en que el cura dejará de ser figura*. No debemos desesperanzarnos, porque hemos hecho mucho en poco tiempo.

—Pero yo tengo el presentimiento de que *la Iglesia ha frenado* y se está parando.

—La jerarquía es la que ha frenado. Pero la Iglesia de minorías no estamos frenando. Los que tenemos estos planteamientos no estamos dispuestos a parar.

—En ese frenazo también ha influido que se hayan "secularizado" unos 5.000 sacerdotes que entre nosotros eran líderes y arrastraban.

—La jerarquía se ha dado cuenta de que está perdiendo el privilegio del poder. Esto parece claro en las manifestaciones de la más alta jerarquía. Aunque me gustaría que no fuera así.

—Siento tener que hablar así de la jerarquía: pero creo que les duele —aunque no lo manifiesten— cuando alguno de esos 5.000 siguen trabajando y luchando como antes. Y es que tienen que pensar: éste sigue luchando en nombre de Jesús. Lo deben pasar mal si lo piensan seriamente.

—Si a mí no me gusta la palabra líder, es porque puede querer ser el protagonista y se olvida de Jesús y del pueblo.

—Yo llegaría a algo más: *que fuera miembro de la comunidad y que lo eligiera la misma comunidad*.

—Yo creo que eso es pasarse. Si yo tengo una formación de Licenciada en Filosofía, debo explicar Filosofía. El que debe explicar el Evangelio, debe haber estudiado más para ello...

—Es la comunidad la que sabe la gente que hay en ella y la que ha de ayudar a descubrir los valores. Y escoger a quien la presida y cuáles han de ser sus cualidades.

—Pero entre todos, la última palabra válida es la del sacerdote: eso ha sido siempre.

—Sólo habría una cosa que me haría respetar esa opinión: *si una persona ha sido capaz de abandonarlo todo* por el Evangelio...

—Sí, pero ha podido *abandonar cosas* que para mí no es ningún valor abandonar. Yo puedo estar más comprometido sin haber dejado nada de eso.

—Es cierto que está en *mejores condiciones para la liberación personal*.

—El sacerdote es la persona que tiene que ir haciendo que la gente descubra el Evangelio en toda su plenitud.

—Lo que está claro es que pedimos *más participación* de los seglares a la hora de elegir a un sacerdote. Debe ser animador, esperanzador.

—Hoy tiene que ser una *persona preparada en muchos campos*: se exige ser muy coherente.

—Bueno, y *que se le deje realizarse en todos los niveles*: mujer, trabajo, hijos..., lo que él quiera.

—*¿No estaréis planteando el mismo funcionamiento de la Iglesia?* Dando y repartiendo funciones a los seglares, el sacerdote no sería tan importante.

—Yo lo primero que pediría al cura es *que tuviera una idea muy clara de los problemas vitales*. Pero no sólo supeditado a la comunidad: debe tener *su propia vivencia*. Tiene que tener su vida, no sólo en función de las personas que va a ayudar.

—Lo que se pide es un estilo y una manera de entender el Evangelio desde la vida.

—Para mí, lo de la familia o del trabajo, es una opción plenamente libre.

CELIBATO

—Yo he hablado con gente de muchos ambientes y dicen que por qué no se puede casar el cura: es una persona normal. Se han dado cuenta de que *el cristianismo es otra cosa*.

—*Tanto el casado* que siente la misión de la llamada y quiere ser sacerdote, *como el sacerdote* que ha encontrado el amor, deben ser *plenamente libres* para seguir esa llamada.

—Lo lamentable de Juan Pablo II es que en su famosa carta dirigida a los curas venga a decir que el celibato es igual que el sacramento del matrimonio. No se puede comparar una ley con un sacramento.

—A mí lo que más doloroso me parece es que se esté negando a todo proceso de secularización; y para que uno pueda salirse, tenga que pedir un informe a un psiquiatra...

—Yo diría más: *¿no es una contradicción* que el que se casa para legalizar una situación doble, no se le deje decir Misa?

—Otra razón que dan por ahí: si ahora todo el mundo está muy ocupado, es el sacerdote la única persona con *tiempo para dedicarse a los demás*. Si tuviese mujer e hijos no le quedaría tiempo para transmitir el Evangelio.

—*Hay que profundizar más en la comunidad y en lo que significa ser cristiano*. Eso sería una visión del cura como un ser "profesionalizado". Todo creyente debe sentirse comprometido a extender su fe; mejor, a vivir esa fe ante los demás. Y todos hemos de prestar una dedicación a la tarea de la comunidad.

—*¿No vamos a conseguir nada mientras la Iglesia siga con el legalismo*: Jesús vino a abolir toda ley que esté contra el ser humano. Esa es una ley de la Iglesia que está contra las personas. *La Iglesia está para ayudar a liberar al hombre*; y estamos aquí para recordarle a

esa Iglesia que debe pensar que el sacerdote o el que quiera serlo, es un ser humano integral; y que ella no está para reprimir, sino para liberar.

—No sólo habría que pedir ésto: *habría que exigirlo*.

—Lo que nos da pena es la salida de los que podrían quedar. Son muchos los que lo han dado todo y han trabajado al servicio del Evangelio y luego les abandonamos.

—Bueno, ¿y qué estaríamos dispuestos a hacer nosotros en este momento?

—Nosotros *estaríamos dispuestos a admitir en la comunidad hombres así*.

—Aunque estuviéramos al margen o por delante de la jerarquía, nosotros admitiríamos y admitimos sacerdotes casados y con hijos. Yo le he dicho a un amigo a quien no le llegan los papeles de secularización: no te quiebres más la cabeza, esta comunidad te acepta. Esta es la solución.

—Pero en España hay muchos católicos y habría escándalo.

—Hay que *sacar el tema a discusión pública*. A la segunda vez, la gente se repiensa sus seguridades.

—Es cuestión de mentalizar. Y no sólo a los curas. Hay que explicar a todos el origen del celibato como ley. Y aprovechar todo vehículo de concienciación para que la gente pueda ir captando esta otra forma de entender y vivir la Iglesia.

GRUPO DE MADRID

En la medida en que la cultura sacral deja de ser la cultura de hoy y de mañana, en esa misma medida se nos impone con urgencia la necesidad de comprender y de interpretar nuestro sacerdocio con el criterio que adopta como punto de partida a Cristo mismo y a Cristo solo, «signo del tiempo» que, paradójicamente, resulta ser voz de Dios y signo evangélico. Solamente a este precio y por este cauce podremos encontrar una vía de solución a tantas crisis sacerdotales.

J. M. Castillo, HACIA ADONDE VA EL CLERO

Se han replanteado con esto muchas cuestiones implicadas, teóricamente secundarias, pero prácticamente de gran importancia vital, como **la conjunción realizada por la Iglesia latina** entre vocación al **sacerdocio** ministerial y vocación al **celibato** consagrado; o la cuestión del ejercicio de los sacerdotes de una profesión en la vida civil. Ambas, como vemos, relativas al grado de «separación» que el sacerdote debe tener de la vida normal humana. **Es legítimo replantear esas cuestiones**, porque el porvenir del sacerdocio ministerial puede depender de ellas y porque, ciertamente, la idea de una «separación» tan grande como posible del sacerdote es poco razonable y sólo se introdujo en la Edad postconstantiniana por influjos no precisamente cristianos.

J. Gómez Caffarena, ¿CRISTIANOS, HOY?

LO BASICO: UNA IGLESIA-COMUNIDAD

Un grupo de adultos cristianos hemos reflexionado, a través de dos amplias sesiones, sobre la problemática actual y verdadera función del sacerdote. En nuestro diálogo ha habido especial referencia a la cuestión del celibato. Entre los participantes destaca la variedad: en sexo, estado, profesión; en cuanto a edad, estamos comprendidos entre veinticuatro y cincuenta años. Enviamos una síntesis de lo hablado.

LOS CURAS SECULARIZADOS Y NOSOTROS

Hemos vivido de cerca la secularización de varios sacerdotes. De modo especial, la del último de ellos, cuya evolución hemos seguido atentamente.

El hecho de «perder un cura» nos ha resultado, sin duda alguna, doloroso; pero ha sido un dolor alegre por cuanto puede ser para él cauce de mayor libertad y realización personal.

Entre nosotros ha predominado la aceptación serena y hemos crecido en capacidad de comprensión del fenómeno global de curas, que se secularizan.

Esta experiencia nos ha llevado a profundizar, desde lo vivo, en la misión del sacerdote; la hemos valorado más; y hemos visto que no es necesario ser célibe para ser buen cura.

Por ello, hemos palpado claramente la negatividad de la ley del celibato, que impide la tarea sacerdotal a quienes nosotros, como Pueblo de Dios, propondríamos como presbíteros.

Todo esto nos ha hecho más seriamente críticos ante la Jerarquía y ha contribuido a que nos preguntemos por las verdaderas características de la Iglesia de Jesús.

PAPEL DEL CURA EN LA COMUNIDAD

Y es dentro de una Iglesia, que sinceramente busque parecerse al proyecto de Jesús, donde únicamente puede descubrirse el verdadero papel del cura. Pensamos que es incomprensible la figura del sacerdote al margen de la Comunidad cristiana; y que son las necesidades reales de esa comunidad las que deben marcar las pautas de vida, las exigencias y las tareas del sacerdote.

En síntesis, entendemos que el sacerdote ha de ser el animador de grupos a que vivan en fe —«coanimador», decía uno de nosotros, subrayando la tarea ani-

madora de cada miembro de la comunidad—; el que coordina la marcha de los distintos grupos; el que con su vivir y su palabra transmite el Mensaje y, así, desde dentro y nunca desde fuera, impulsa hacia una vida evangélica; el que está especialmente preocupado por la unidad de la Comunidad. Y porque hace todo esto, es decir, porque realiza esa «presidencia de servicio» en la marcha real de la Comunidad, preside también la Eucaristía y las distintas celebraciones de los sacramentos.

LA FORMACION DEL CURA

Un tipo así de cura contrasta con la formación que han recibido la mayoría de nuestros curas. Al hacer el diseño de esa formación señalábamos, entre otras, estas características:

Un sistema formativo que ha buscado más clérigos para la Institución eclesial que presbíteros para la Comunidad; que se ha preocupado más de fabricar curas que de conseguir creyentes adultos.

Formación prefabricada, con arreglo al cliché impuesto por la Institución. Formación alejada de la realidad, fuera del pueblo, represiva y moralista; deformante en muchos aspectos, «produciendo» hombres de «casta sagrada», convencidos de su separación de la gente y de la autoridad que poseían y que los colocaba por encima del pueblo.

Formación individualista, enfocada hacia la superación personal a base del ejercicio esforzado de numerosas virtudes y no de la apertura a los demás.

Como características positivas de esa formación veíamos la austeridad, la seriedad con que frecuentemente era ofrecida y la atención que ha prestado a la interioridad.

Nos resulta evidente que la formación de los sacerdotes debe ser totalmente distinta. Si no se trata de conseguir clérigos que garanticen este modo de Institución eclesial, sino hombres —creyentes— adultos al servicio de la comunidad, la formación del sacerdote ha de realizarse en la comunidad y desde la comunidad; formación que garantice el enraizamiento en la vida y en el Evangelio y que atienda al desarrollo de todas las dimensiones del hombre.

Creemos que en los últimos años se ha realizado en muchas diócesis un sincero esfuerzo por proporcionar cauces verdaderamente formativos para los futuros sacerdotes. Pero ese esfuerzo choca con frecuencia con las altas esferas de la Institución. Y ante esto no podemos evitar preguntarnos con tristeza si la jerarquía desea sacerdotes, que sean hombres maduros, creyentes y libres, o más bien prefiere seres domesticados e incondicionales.

LA IGLESIA Y LAS SECULARIZACIONES

Y pensando y hablando de la Iglesia, nos interrogábamos sobre la repercusión que en ella está teniendo el hecho —parece que, hoy por hoy, irreversible— de tantas secularizaciones de sacerdotes.

Nos parece que para la Iglesia como Institución este hecho está influyendo negativamente; al menos, ése es el rostro que nos muestra a los cristianos corrientes, desconocedores de los pasillos episcopales y vaticanos. Tenemos la impresión

de que en este punto los obispos y el Vaticano tienen mucho miedo, que es señal de debilidad y de falta de fe arriesgada. Y ese miedo está llevando a posturas oficiales endurecidas (algo así como para «meter a los curas en cintura») junto a una permisividad de hecho (vulgarmente hablando, un «hacer la vista gorda», supuesto que no caben otras medidas).

Por el contrario, para muchos cristianos no constituidos en jerarquía, no se trata de un hecho alarmante ni catastrófico, sino de una simple y lógica consecuencia del derrumbamiento de la estructura clerical.

Desde este ángulo, entendemos que el fenómeno de las masivas secularizaciones y el cuestionamiento del celibato como ley son señales de una Iglesia que ha sabido abrirse con más limpieza a la realidad y a los valores del hombre; de una Iglesia menos legalista y formalista y más radicalmente humana; menos sensible a su propio poder y más confiada a la Fuerza del Espíritu.

QUE HACER

Todos nosotros coincidimos en que lo básico es caminar hacia una Iglesia-Comunidad, en la que la Institución esté para la Comunidad y no al revés. Y, dentro de este horizonte como gran marco, consideramos urgente la desaparición de la ley del celibato.

La abolición de esta ley sería un paso real, no verbal, hacia una Iglesia como espacio de libertad; supondría un acto práctico de fe, no puramente declarativo, en la fuerza del Espíritu por encima de la eficacia de la ley; significaría la valoración consecuente del amor humano, del matrimonio y de la sexualidad; colaboraría a que los casados dejaran de ser considerados cristianos de segunda fila, «gente de tropa», como diría el padre de la actual contrarreforma; contribuiría a la progresiva desaparición de la «casta clerical»; proporcionaría mayor energía humana y pastoral a los sacerdotes carentes del carisma del celibato y ahorraría en muchos de ellos y en no pocos seglares, desconciertos, tensiones y sufrimientos estériles; asimismo, el carisma del celibato quedaría intensamente revalorizado.

Por todo ello pensamos que es imprescindible realizar en medio del Pueblo de Dios una larga tarea de concienciación que permita descubrir con fuerza y claridad la primacía de la fe, de la comunidad y del servicio pastoral sobre la ley y la disciplina eclesial impuesta.

Esta tarea concientizadora habría de moverse, para ser tal, en el campo de la reflexión y en el práctico.

En el campo del pensamiento, haciendo ver que el celibato impuesto pertenece a la legislación eclesial y que, por ello, ha de ceder ante las necesidades pastorales del Pueblo de Dios.

En el terreno práctico, con la decisión responsable y serena de comunidades cristianas que acojan como presbíteros a sacerdotes casados. Esta acogida debería rehuir la clandestinidad y, al mismo tiempo, debería expresarse claramente la comunión de esas comunidades con la Iglesia Universal; comunión que, por ser en la fe en Jesús y en el amor, no puede romperse por la simple transgresión de una de tantas leyes canónicas.

GRUPO DE CÓRDOBA

TESTIMONIOS

Con excesiva frecuencia, al hablar de lo «problematicidad personal» o de la angustia y marginación que origina un proceso de secularización, pensamos «sólo» en los curas.

Pero ahí están —en muchos casos— **unas mujeres que padecen de rebote una situación** de clandestinidad hasta los últimos momentos, de censura y recriminación desde muchos «creyentes».

Su vivencia es decisiva; por más injusta, si cabe, por más serena en ocasiones, y aún por más normal.

A PESAR DE TODO...

A pesar de todo, *seguimos luchando, creyendo y, sobre todo, amando*. Es aquí donde debería terminar después de exponer algunas de las vicisitudes que, como compañera de una víctima de la estructura jerárquica de nuestra Iglesia, hemos sufrido estos años. Y digo “nuestra Iglesia”, porque, a pesar de todo, *nos sentimos ligados a la comunidad que Cristo quiso que fuera su Iglesia*, aunque no al tinglado que, con mayor o menor conciencia del daño que ocasionan, han montado los “jefes”.

Soy la compañera de un cura secularizado, como tantos, que he vivido su *proceso de búsqueda de otra forma de vivir el sacerdocio*, de modo más real y auténtico, siendo un hombre entre los hombres, sin privilegios ni en el mundo ni en la comunidad.

Con este planteamiento y viendo la forma de hacerlo viable, pasamos varios años. No queríamos “pasar” por la secularización, requisito imprescindible para vivir como una persona normal. Mi compañero veía que, dentro del tinglado eclesial, no podía hacer aquello que él veía y que nacía de las exigencias de la fe en el Jesús del Evangelio. Pero *pensaba que desde dentro sería más fácil renovar el ministerio*; se le consideraría más uno de ellos y tendría derecho a opinar. Esto continúa siendo utópico en nuestra “empresa”, donde aún no ha entrado la democracia y donde, de pedir la opinión del pueblo, nada de nada...

Para él era y sigue siendo doloroso dejar la Iglesia en manos de unos pocos, que se han adueñado de algo que nos pertenece a todos y de lo que todos somos responsables. Aunque es verdad que todos somos la Iglesia, la imagen la dan unos pocos que se rigen

por unas leyes y normas que fueron establecidas hace varios siglos: si entonces sirvieron, hoy ya no sirven. En todos los tiempos hay hombres de buena voluntad y buen entendimiento para pensar, decidir y cambiar; nadie tiene la exclusiva de la verdad; lo que hoy vale, puede mañana no valer y hay que irlo renovando. Mi compañero decía —con mucha razón— que *la Iglesia estaba gobernada sólo por hombres*, con exclusión de las mujeres; por hombres *célibes*, con exclusión de los casados; y además, por hombres *mayores*, con exclusión de los jóvenes. Y así no puede funcionar bien una institución popular y libre como Cristo quiere a su Iglesia.

Alguien dirá que la Iglesia está gobernada por Jesucristo. Esto es cierto; yo también lo pienso. Pero todos sabemos que El nos deja hacer a los hombres. Lo que pasa —y esto no me canso de repetirlo—, es que en la Iglesia lo hacen todo unos señores solitos, y no dejan que nadie participe; y aunque alguno piense que lo que voy a decir es un disparate, diré que ni a Dios le dejan actuar, porque El actúa a través de todas las personas, no sólo de algunas.

Esperábamos con ilusión que el sucesor de Pablo VI ayudaría a resolver la cuestión. Pero el cambio ha sido negativo, ya que en el caso de las secularizaciones, en lugar de analizar sus causas y de ver sus consecuencias, la única solución que se le ocurre es cortar. Piensa que cerrando la puerta ya no se sale nadie. ¡Bonita situación de afrontar una situación tan delicada y problemática!

Pero, volvamos al hilo. Mi compañero contempla que los que piensan como él se van saliendo, y los que quedan dentro no quieren plantearse el problema, piensan que todo eso es cosa de unos inconformistas, rebeldes, flojos en la fe y con ganas de mujer. Cada vez se queda *más aislado*, porque sus llamadas a revisar el problema de los ministerios en la Iglesia no tienen eco. Pienso que este rechazo por parte de los conservadores es natural. De lo contrario, ¿cómo justificarían su postura de poseedores únicos de la verdad? Así que, pensando, buscando, esperando, se le pasan los años sin dar el paso. Para él —para nosotros— estaba clarísima la *compatibilidad del amor a Dios y a los hermanos, el amor de la pareja y el compromiso de evangelización*, sin tener que cortar un camino ya emprendido hacía muchos años. Veíamos que *la tarea a realizar se puede llevar mejor entre dos personas que se entienden*; y de paso, se cumplen muy bien los consejos bíblicos: “ir de dos en dos predicando el Evangelio”, “no es bueno que el hombre esté solo”, “dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”, etcétera. *No veíamos razones para vivir cada uno por su lado pensando y haciendo los dos lo mismo*. Lo único que demoraba la unión era que ya sabíamos la respuesta que obtienen todos los que piensan así: “Si no estás de acuerdo, te marchas”. Te despojan de tus dones —dones para el pueblo—, Es decir, te convierten de un plumazo casi en un subnormal. Un día antes de secularizarte tienes respuesta para todo (los curas “oficiales” tienen solución para todo, saben de todo: matrimonio, hijos, educación, sexualidad... lo que les pidas). Te secularizas, te casas, tienes hijos, trabajas... y ya no sabes de nada: han perdido la ciencia que tenían, por lo visto, de alquiler.

Quiero terminar este testimonio diciendo que, a pesar de todo, de la falta de sensibilidad por parte de la jerarquía y de algunos compañeros, *sigue-seguimos trabajando como antes*: con plena dedicación a la formación de personas, con la misma ilusión y esperanza que el primer día; aunque con pena y extrañeza de ver que la Iglesia, que muchos amigos... siguen sin querer ver que *esto no es cuestión de algunos*, sino *un problema colectivo que afecta a todos los creyentes*. Yo, lo único que les pediría es que no estén tan seguros de poseer la verdad y que cuestionen su actitud ante la gran cantidad de hombres jóvenes secularizados (“expulsados”, digo yo) que estaban trabajando, en su mayoría, mucho y

bien ,y que por pedir un legítimo derecho, quedan vetados para ejercer funciones que nadie puede quitarles, sino es el mismo destinatario: la comunidad; nunca unos señores que se arrojan la voz y el voto de todos.

ESPOSA DEL CURA:

¿UNA VERGÜENZA O UNA SUERTE PARA LA IGLESIA?

Tanto en la Iglesia como en la sociedad se va apuntando un Movimiento de toma de conciencia sobre el rol de la mujer. Y no solamente sobre su rol, sino sobre su identidad.

Empezó el Movimiento feminista en U.S.A., pasó a Europa al final de los años sesenta, alcanzando por fin en pequeños círculos a la Iglesia.

Es urgente dar respuesta a este interrogante de la identidad y del papel de la mujer en la Iglesia, ya que es el soporte de cantidad de problemas específicos de la Iglesia. Por ejemplo:

- ¿por qué se dice “no” al sacerdocio del hombre casado?,
- ¿por qué se dice “no” al ministerio del cura casado?,
- ¿por qué se dice “no” a la ordenación de mujeres, a pesar de los numerosos ministerios de iglesia que desarrollan muchas de ellas: catequesis, misioneras encargadas de parroquias?...

Hay una respuesta válida (aunque no la única) a estas tres cuestiones: *el desprecio ya tradicional de la mujer en la Iglesia, reflejo de un contexto socio-cultural de siglos pasados.* Se considera a la mujer como la pecadora, el cebo de la tentación, el sexo impuro e indigno. Únicamente se admite en la Iglesia con cierto peso y misión a la mujer viuda y virgen, o sea, asexual. Se teme el diálogo sexual.

Es urgente para la Iglesia descubrir la riqueza del sexo, poner fin a esta oposición-enfrentamiento tradicional en la Iglesia entre diálogo sexual y diálogo espiritual, ya que realmente puede ser el uno fuente del otro. (Cnf. Cantar de los Cantares). Es urgente para la Iglesia descubrir que el sexo es un vehículo precioso del amor de Dios. Debe acabar esta caricatura abominable del cura dividido entre la fidelidad a Dios y la fidelidad a una mujer...

No olvidemos en nuestra búsqueda de unidad y de reconciliación del ser humano que cuando Dios le creó, “hombre y mujer los creó” y que únicamente en la unidad de estos dos polos complementarios somos reflejo de Dios.

¿No es verdad que nosotras, esposas de sacerdotes, estamos en una situación fenomenal para anunciar esto y para urgirlo a la Iglesia?

Me casé hace seis años por amor y por vocación con un sacerdote al que acepté y quise profundamente como hombre y como sacerdote. (Yo también sentía la vocación sacerdotal de alguna manera y no quería desarrollarla en una vida religiosa célibe.) Privados los dos de un ministerio válido en la Iglesia, intentamos vivir nuestro sacerdocio premaneciendo en una búsqueda continua. La esperanza de algún día poder “ejercer” el ministerio sacerdotal del que hoy se nos privaba nos ha hecho:

- atentos a cualquier ocasión de celebrar y de buscar con otros cristianos,
- ávidos de escuchar a los teólogos y exegetas modernos; al acecho de los encuentros y lugares que muestren la vida del Espíritu y entregados a todo lo que pueda ayudar a cambiar la mentalidad de la Iglesia.

En la medida en que vivo solidaria del sacerdocio de mi marido, voy comprendiendo progresivamente que tengo una dimensión específica de ese sacerdocio. Igual que voy descubriendo que debo vivir esa dimensión en femenino.

Por el hecho de ser mujer, me afectan mucho tanto las vejaciones como el falso encumbramiento del que hemos sido objeto en la Iglesia. Y, después de haber sufrido en carne propia esta no-aceptación de mi ser mujer por parte de tanto clérigo y hombre del Aparato-Iglesia, estoy decidida a no someterme a esta "fatalidad", a este "orden establecido", a esta opresión.

En nombre de todos aquellos y aquellas que viven esta misma opresión, tengo que decir que si la Iglesia quiere aún ser oída y anunciar el Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tiene que cambiar su mentalidad y sus estructuras. El vino nuevo, en odres nuevos. Si la Iglesia se empeña en ignorar a la mujer, como ignoró a la clase obrera en el siglo XIX, perderá a la mujer como perdió a la clase obrera.

Todavía no ha aprendido la Iglesia la Conversión, el Despojo, la Pobreza, la escucha a los oprimidos. No ha aprendido todavía a desclericalizarse, a vivir plenamente con el pueblo, a feminizarse. Un sacerdocio uniforme y vivido exclusivamente en celibato, como el que se enseña en nuestros seminarios, ya no se puede mantener y mucho menos con carácter universal (modelo para todas las Iglesias, comunidades). Tengo una convicción cada día más clara y enraizada: *el sacerdocio y la mujer no son términos contradictorios*. El amor humano —al hombre y a la mujer— y el sacerdocio no sólo no se oponen, sino que se complementan. A esta convicción voy llegando día a día en la medida en que:

- intento ser plenamente yo misma, como mujer, como esposa, como madre. Solidaria con las dificultades y los problemas de las mujeres de hoy, compartiendo con mi marido el deseo de que Jesucristo sea anunciado.
- Observo y voy conociendo a otras mujeres que hacen el mismo camino con esta doble decisión: ser mujeres de hoy y compartir plenamente el sacerdocio de su marido.

Estoy segura de no ser la única mujer que piensa así. Y deseo ardientemente que se levanten otras voces para gritar que esta resistencia de la Iglesia no es más que ley muerta y misógena de la Pirámide (Iglesia) Católica Romana. En la vida real nuestro ser mujer y nuestro ser sacerdotal no son más que una sola carne. Lo único que falta es que los obispos lo reconozcan como una riqueza y un don para toda la Iglesia.

APARTADO **39.003** MADRID

La vida sigue latiendo por doquier. Y si es un pecado silenciarla, es una obligación comunicarla.

Hay creyentes que siguen aportando ánimos y experiencias y críticas.

Y nuestro apartado sigue abierto...

“Acaba de caer en mis manos el número 1 de TIEMPO DE HABLAR. Lo he leído de un tirón y he visto reflejada mi situación personal actual en más de una de sus palabras... Supongo que algún día me levantaré con ganas de decir algo y os lo pongo para la revista...”

(ALBACETE)

“Nuestras singladuras personales creo que son una voz estupenda en la Iglesia actual.”

(MÁLAGA)

“Los derechos humanos son inalienables y mientras éstos no sean reconocidos por la Iglesia, no será liberadora, sino una opresora de la dignidad humana.

La concepción del sexo y del amor humano que manifiesta la Iglesia oficial es equivocada y está haciendo mucho daño a las personas, al mensaje de Cristo y a la propia institución oficial...”

(LUGO)

“Falta hacía sacar la cabeza de debajo de las alas y enfrentarse con realismo al problema...”

Sobre la importancia y oportunidad, creo que os decía en otra carta anterior, que es necesario coordinar todo el clamor de la petición por un celibato opcional, no sólo a escala nacional, sino internacional, pues la problemática es única e igual para todos los países.”

(ALICANTE)

NOTICIAS Y DOCUMENTOS

Una revista como TIEMPO DE HABLAR habría sido indispensable hace unos años: es demasiada la influencia de ciertos tabúes entre nosotros. La problematización del sacerdote y de su vida celibataria quedaba enterrada en lo profundo de las conciencias y de los confesionarios.

Hoy el tema es abierto y valientemente afrontado por doquier, desde una perspectiva eclesial: desde dentro. Proliferan las reuniones, los escritos. Y la problemática atraviesa las murallas de las palabras para saltar a opciones arriesgadas.

Hemos recibido noticia de encuentros y tomas de postura de diversos grupos. Damos una breve reseña. Y adjuntamos un documento muy serio a nuestro juicio aunque algo trivializado por la prensa diaria. Seguiremos transcribiendo alguno de estos documentos.

GRANADA

El 21 de mayo pasado se reunieron unos cincuenta sacerdotes.

“La Mesa de la Asamblea introdujo el tema con las siguientes reflexiones: nos congrega el amor adulto y crítico a la Iglesia y el deseo de que el celibato brille como un auténtico valor en el pueblo de Dios...”

Se llegó a una serie de propuestas de acción:

- “Pedimos a la autoridad de la Iglesia que facilite pronto las secularizaciones...”
- Hacer un resumen de lo tratado (lo ofreceremos íntegro en sucesivos números...) enviarlo al Obispo y darle publicidad.
- “Invitar a los compañeros a estudiar el tema más a fondo en reuniones comarcales.”
- “Coordinarse con otros grupos sacerdotales del Estado para este tema y con el MO CE OP.”
- “Hacer una encuesta por las parroquias.”
- “Hacer una encuesta a los compañeros sacerdotes.”

MADRID

El 6 de junio se llevó a cabo el primer encuentro de “curas jóvenes”. Se charló abundantemente y el P. José M.^a Castillo iluminó la situación expresada en el coloquio inicial.

En ese intercambio inicial flotaban estas constantes:

- Los curas vivimos problemas.
- Muchos de ellos son comunes: superan lo personal.
- Esto afecta a algo que nos importa: la Iglesia.
- Por eso queremos afrontarlo en conjunto y seriamente.

El coloquio tras la intervención del P. Castillo, fue extenso e interesante, difícil de recoger en pocas líneas.

Se acordó reunirse en una jornada más amplia —algún “puente”— para poder profundizar sobre toda esta problemática.

CORDOBA

Tenemos noticias de dos importantes acciones:

— La emprendida por los “Once” curas en proceso —bloqueado— de secularización: alguno espera respuesta a su expediente desde hace dos años... Enviaron cartas a los Obispos andaluces, comunidades cristianas de Andalucía y al Presidente del Gobierno, aludiendo —esta última— a la “discriminación, ciertamente dramática, en lo que se refiere al tema del matrimonio, ya que el Código Civil, al plantear en su art. 83, núm. 4, como causa dirimente de incapacidad para contraer nupcias, la “ordenación *in sacris*”, niega a los que así se encuentran (con proceso de secularización parado) toda posibilidad de llevar a cabo el contrato matrimonial, derecho éste no vedado a los demás ciudadanos, salvo en casos que afectan a la misma entidad y validez de dicho contrato”. Precepto que aún siendo legal, se juzga como “claramente anticonstitucional...”.

— Existe también otro escrito cordobés, con 169 firmas, en el que hay un pronunciamiento contra la ley y a favor del carisma del celibato.

EQUIPO DE SACERDOTES CASADOS DE ESPAÑA (ESCE)

También ellos se han reunido en Madrid a finales de junio y han vuelto a entrevistarse con el señor Cardenal de Madrid. Le han entregado una carta para el Papa y han charlado abiertamente con él.

Su postura puede resumirse en el último párrafo de la carta aludida:

“Esperamos y pedimos con respeto que se abran los cauces necesarios para una pronta reintegración en el ejercicio sacerdotal, de quienes deseamos vivir nuestra doble vocación para el bien del Pueblo de Dios.”

ASTURIAS

Al Arzobispo de Oviedo; a la Conferencia Episcopal Española; al Nuncio de Su Santidad en Madrid; a la Prensa.

El Concilio Vaticano II trajo un aire fresco de renovación a la Iglesia. Supuso un examen de conciencia, una revisión a fondo y un diálogo sincero con el mundo contemporáneo. Al fin, la Iglesia, con muchos siglos de historia a cuestas, quería estar cerca del mundo

y del hombre, respetando al hombre y al mundo. Abrió las puertas a la esperanza para mostrar su verdadera riqueza: la fe en Jesucristo, la defensa de los derechos humanos, la liberación de los hombres y de los pueblos. Como consecuencia de esta apertura hubo sacudidas y vaivenes, crisis y nostalgias, excesivas prisas e intencionados retrasos... Era la lucha normal que supone vivir cada día la realidad cultural y humana de la historia, era la renuncia consciente a una situación de privilegio y de dominio, era la vuelta a los orígenes de una Iglesia pobre y, por eso, libre.

Hoy, con pena, *estamos asistiendo a un rápido cierre de esclusas*. Juan Pablo II se erige en señor y dueño de vidas y haciendas y, ordenador exclusivo de las conciencias, niega, por sistema, el principio radical de toda persona a buscar libremente el espacio humano, social y cristiano en la Iglesia y en la Sociedad. La política de Juan Pablo II en el tema de la secularización de sacerdotes, como en otros campos de la vida humana, así como el silencio de la jerarquía, supone un abuso de poder y una intolerancia que recuerdan tiempos y situaciones anteriores que creíamos olvidadas para siempre.

En los últimos años de la Iglesia se ha producido un hecho, con mayores proporciones que en tiempos anteriores, que, a nuestro juicio, no fue suficientemente analizado. *El hecho de la secularización de miles de sacerdotes, religiosos y religiosas* —que es el tema en cuestión— *no sólo fue oficialmente silenciado*, sino que, en muchas ocasiones, *se pusieron impedimentos a encuestas, estadísticas y estudios sociológicos que evidenciaban una situación de conflicto y de revisión en el status del sacerdocio jerárquico y ministerial de la Iglesia y en la acción evangelizadora y pastoral de la misma*.

No es nuestro propósito entrar de lleno en los contenidos teológicos del sacerdocio católico, sino plantear *una situación de hecho* que tiene una constante progresiva en casi todos los países del mundo y que, por ello, afecta profundamente a muchas personas.

Desde el principio queremos establecer unas premisas que consideramos válidas: *por encima de la dignidad sacerdotal y anterior a ella está la dignidad de la persona y del creyente*. El hombre es más que el sacramento. La secularización, en la mayoría de los casos, no es una renuncia a la fe en Jesús, ni a la expresión personal y comunitaria de la vivencia cristiana, ni “a la responsabilidad y dignidad personal, ni a la propia conciencia ni a la auténtica fidelidad a sí mismo”, sino a un modo concreto y específico de estar en la Iglesia, que, al entrar en conflicto, por las razones que sean, con la conciencia de cada uno, en la más pura teoría de los derechos humanos, es la más exquisita prueba de honradez y honestidad y debe *proporcionar a la persona el espacio de libertad suficiente* para una opción personal y libre. Creemos que *esto es un derecho inviolable* de la persona que ninguna ley, y mucho menos invocando el nombre de Dios y de la religión, puede lesionar.

Entendemos que la secularización de muchos sacerdotes no se produce “a causa de las dificultades que encontramos y los sacrificios que se nos exigen”...; la realidad nos dice que, en la mayoría de los casos, la secularización supone el abandono de una relativa instalación y comodidad, de cierta situación de prestigio y privilegio y coloca a la persona secularizada en un mundo extraño y adverso, en la incompreensión de la familia y de los amigos, en la aventura, incluso, de subsistir humanamente.

Nos entristece pensar que *la Iglesia de Jesús*, la Iglesia del amor y de la libertad, *presencia, con la más absoluta indiferencia*, a veces con la crítica farisaica y hostil, *la seculariza-*

ción de muchos compañeros, estupendos trabajadores del Evangelio, a los que ni siquiera se les dispensa una palabra de gratitud por los servicios prestados. Ahí está el problema en toda su cruda realidad, cuya solución, desde luego, no está en condenar el hecho o volverle la espalda. Porque lo realmente lamentable y lo que es objeto de nuestra protesta y de nuestro estupor es la actual postura de Juan Pablo II, cerrada y pertinaz, de negar la secularización a quienes la solicitan después de una reflexión en profundidad y desde la atalaya de unos años de personas adultas y responsables.

Lamentamos que la fuerza del poder y de la autoridad esté presente, una vez más, en la Iglesia de Jesús. *La intransigencia y la intolerancia son, en el fondo, signo de debilidad y de falta de fe.*

Un grupo de sacerdotes de Gijón, Asturias
Junio de 1979

Si el consejo evangélico de la castidad tiene alguna relación con la existencia en la esperanza... ¿no deberían las Ordenes reclamar para sí con mayor determinación este consejo evangélico? ¿No deberían ver en la institucionalización eclesial del celibato impuesto a todos los sacerdotes un cierto «oscurecimiento» de su misión «específica»? ¿No deberían ser, pues, las órdenes las que, con mayor motivo que los llamados críticos liberales y extraeclesialísticos, plantearan los problemas críticos relativos a la obligación del celibato sacerdotal?

J. Metz, LAS ORDENES RELIGIOSAS

«¿Tiene que seguir siendo el sacerdote entre nosotros un personaje «sagrado»? ¿Tiene que seguir siendo un hombre «puesto aparte», radicalmente separado y diferenciado del resto de los creyentes? La Fe cristiana no impone tal interpretación. Es más, el Cristianismo no se interpreta (ni se puede comprender) a partir del fenómeno religioso. En el cristianismo hoy una dimensión de «signos sacramentales» que es algo enteramente esencial a su estructura misma. Por esto se comprende que en la predicación de la Iglesia primitiva, la fe y la existencia cristiana fueran presentadas con frecuencia bajo expresiones y fórmulas que pertenecían a la esfera de lo religioso. Pero al mismo tiempo que afirmamos esto, es preciso comprender que «el cristianismo, conforme a su esencia, es la liberación de la religión...»

J. M. Castillo, HACIA ADONDE VA EL CLERO

LA MENTIRA COMO RECURSO

Después de un tiempo largo de reflexión, solo y en equipo —tiempo, por supuesto, duro, penoso, difícil, pues siempre he valorado y valoro el ministerio—, decidí pedir mi secularización. El término, de por sí, es ya penoso. Pero el que me hacen utilizar en el Obispado es mucho peor todavía: «*reducción al estado laical*». Es decir, el ministerio debe ser un «aumento personal»... Ahora, «te reduces», disminuyes de categoría y pides ser uno más de la sufrida y vulgar clase de tropa.

La acogida en el Obispado es buena y amable, aunque siempre resulta un tanto distante. Y es normal, pues las personas encargadas de esto, son *funcionarios* que no tienen por qué entrar en el *drama personal* que supone una decisión de esta envergadura, sobre todo cuando el ministerio lo has vivido siempre con ilusión, pleno de sentido.

Cuando planteo que *mi motivación* de fondo es *sólo afectiva* y que me decido a «reducirme» por honradez conmigo mismo, porque no me van situaciones ambiguas, porque necesito claridad personal y sencillez, porque no quiero pedirle a «ella» que asuma una vida también ambigua y difícil a mi lado, me quedo de nuevo sorprendido:

Se me dice que *lo afectivo no se puede ni mencionar* en el informe personal que debo elaborar, pues sería motivo seguro de rechazo en las esferas vaticanas. Los predicadores del amor no pueden ni nombrarlo, cuando lo viven concretado en una mujer, cuando intentan hacerlo realidad ilusionadamente en pareja...

Para que la causa de secularización progrese —se me dice— *hay que alegar causas de fondo*. Algo así como en la «nulidad matrimonial», donde se buscan causas que invaliden el matrimonio desde el momento de contraerlo.

Con buena voluntad, *se me invita a mentir*. Y he de pensar en un informe personal que ponga en cuestión mi sacerdocio desde el primer momento, desde su origen. Algo tremendo: porque lo empecé lleno de ilusión y de alegría, pues concretaba en él mi compromiso evangélico de servir a la gente que más sufre y más marginada de nuestra sociedad: a la clase obrera; en ella intenté siempre insertarme; ella me ha enseñado lo indecible... como a hombre y como a cristiano.

Pues... ¡manos a la obra!, aunque, a veces, te den náuseas. Planteo todo mi informe desde la idea de que mi decisión de ser cura fue algo equivocado, por haber hecho la opción en un momento de una fuerte crisis personal... por haber terminado una carrera universitaria que no me satisfacía en absoluto. Luego, alego una pérdida progresiva de identidad sacerdotal, fomentada por mi sentimiento permanente de vacío afectivo, por el choque estructural intra y extra-eclesial, que te impide una y otra vez realizar tus ideales de testimoniar los valores del Reino, y por mi inserción y compromiso con la clase obrera, y por toda la conflictividad sociopolítica...

¿Es eso lo que quiere el Vaticano? ¿Basta con eso, o ni eso siquiera? Es *triste que te obliguen a tales cosas*. Y, menos mal, que ahora la Iglesia dice defender los *derechos humanos*... ¿También los de sus curas que quieren situarse a otro nivel más de base y casarse? Esto último debe ser algo horrible. Claro, sólo para la clase de tropa. Maniqueísmo barato. Odio al amor.

Menos mal que, a pesar de eso, la vida sigue, el amor cambia a las personas y estructuras, y el Reino —muy por encima y en contra de la Iglesia estructural, en tantas ocasiones— se sigue construyendo desde la base, desde la pequeñez insignificante de las comunidades de creyentes...

ECONOMIA

Aún no hemos cubierto gastos del número 1.
Pero no podemos pensar que vamos demasiado mal.
Tampoco pensamos seguir así de "desorganizados"...

*De momento, sería suficiente que
uniérais vuestros donativos-aportaciones
por proximidad geográfica
y lo enviárais a:*

C/C. núm. 3.799.70
Agencia núm. 53. MADRID
BANCO CENTRAL

*Tras este período de asentamiento
— hasta finales de año: números 2 y 3
formalizaríamos —en lo posible y convenientemente—
las suscripciones.*

TU COMPROMISO Y COLABORACION

No puede reducirse a lo económico, claro.
Necesitamos ideas, artículos, críticas, noticias...
Todo ello lo "digiere" perfectamente nuestro

Apartado 39.003
GRUPO MO CE OP
MADRID.

¡Ah! Y todos los *primeros sábados de cada mes*
—si no suprimen ese día de la semana—
a partir de las diez de la mañana,
nos vemos para charlar, ver materiales,
preparar artículos, etc.

Para los que os interese, teléfonos 439 02 15 y 778 15 61.